

Arriba y abajo, en la misma nave

En la Antigua Grecia, la ciudad de Esparta contaba con una especie de siervos públicos, que denominaba con el gentilicio de *ilotas*. En Atenas, los esclavos que trabajaban en las minas de Laurión, como los condenados a remar, difícilmente llegaban a viejos. En el lejano oriente, las formas de servidumbre no llegaron a ser tan arduas, pero a cambio nunca desaparecieron del todo.

Roma construyó su imperio sobre un boyante tráfico de africanos, y consagró a la esclavitud buena parte de los cautivos hechos en campaña. Curiosamente, en las formas primitivas de su derecho, las deudas que no se podían afrontar conducían a la pérdida de libertad, y el acreedor se convertía en dueño del cuerpo y fuerza del deudor. Le llamaron *apremio individual* porque se ponía la propia persona como garantía.

En romance, la *gleba* nombra el terrón que la reja del arado levanta. Y así, en la Edad Media, los siervos de la gleba eran transferidos como un pedazo más del suelo que se enajenaba. Durante la Edad Moderna, el imperio español, el inglés, el portugués, y ya en nuestros tiempos el incipiente americano, cometieron crímenes contra la libertad de la humanidad nativa, sin hacer distinción alguna entre los mundos: bastaba con imaginarse superior o más humano para encadenar etnias; y desde el histórico John Punch hasta el Django de Tarantino, toda la historia colonial es puro blanqueo.

Pero donde se ha dibujado mejor la geometría de las desigualdades, ha sido en la India de siempre. En ese continente o *container*, una primorosa pirámide consagra desde la cuna la condición social. Dicen que todos los pueblos indoeuropeos, como el nuestro, mamaron de su civilización la segregación en castas. Allí, en esa India, se conservan los estratos a los ojos del turista o del inversor; y la construcción es graciosa por descarada, teniéndose los *brahmanes* (sacerdotes e intelectuales) en la cúspide de la pirámide, seguidos hacia abajo por los *ksatriyas* (guerreros y reyes) y sosteniéndose todos sobre los campesinos y trabajadores, denominados *shudras*. En el submundo, sobreviven los *dálits* o intocables.

Y no vamos a nombrar el proletariado industrial de los tiempos duros, las nuevas formas chinas de servidumbre o los infiernos mineros del hemisferio austral, porque mírese donde se mire, siempre es de noche en el cielo del *probe*.

Y por eso mismo, cuando se oye a un patriota de pelo bárceno -catalán o torero- que todos pertenecemos a la misma nación, a uno se le pone la piel de *gurtel*. Porque el adjetivo "suizo", para los de mi niñez, era simplemente un bollo repostero, y no uno preñado de comisiones, talones y sobres de esos que siempre se escriben con B. Las formas masivas del robo que oxidan las democracias dejan entre nosotros, que no somos tontos del todo, un interrogante estremecedor.

Restándole al pueblo salud, educación, trabajo y humor... aunque no del todo: siempre quedará al servicio del librepensamiento, y entrometida en prensa, la mente y aguda mano que dibuja ese engrasado error "de la nave en la que viajamos todos".

G.B.